

# María Rosa Mística, Madre de los sacerdotes

*Amador Pedro Barraón, L.C.*

*Rector de la Universidad Europea de Roma y profesor de teología dogmática en el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.*

**S**abemos que las letanías lauretanas invocan a María como Rosa Mística y que en el santuario de Montichiari y en muchos otros santuarios marianos Ella es invocada con este apelativo. Quisiera en un primer momento recordar el significado de esta letanía para ulteriormente detenerme más a considerar María como Madre de los sacerdotes, como es especialmente invocada en el santuario de Montichiari.

## 1. La simbología de la rosa

Hay un dicho francés que dice “dites-le avec des fleurs”. Se refiere al hecho de que el hombre cuando quiere expresar sus sentimientos y sus afectos debe hacerlo a veces con gestos o con realidades que a veces dicen más que las palabras. La flor expresa muy bien la belleza y la delicadeza de un afecto, y Dios también quiere en su relación con el hombre manifestar su amor hacia nosotros a través de esos signos. Al querer darnos una flor como signo de su amor, nos ha dado en María una flor, una rosa, llamada por la tradición eclesial “rosa mística”.

La invocación “rosa mística” probablemente viene de algunos textos bíblicos que citaré a continuación. Curiosamente la palabra “rosa” no abunda en la Escritura. Aparece muy pocas veces. Vamos a recordarlas. En el libro de la Sabiduría (1, 7 y 8) aparece la palabra. Los que no son sabios quieren aprovechar la vida terrena, pero olvidándose de la vida eterna:

Embriaguémonos de vino exquisito y de perfumes, no dejemos pasar la flor de la primavera, coronémonos de rosas antes que se marchiten. Ninguno de nosotros quede libre de nuestra orgía. Dejemos en todas partes los signos de nuestra alegría porque esto nos corresponde; esto es nuestra parte.

La palabra “rosa” aquí no tiene ningún significado especial en cuanto que su contexto es simplemente el manifestar alegría y regocijo, como quien se corona con rosas antes de que marchiten. Aquí la rosa representa la belleza de esta flor, pero es una belleza que pasa y que dura por un tiempo

relativamente breve. En esta cita la palabra rosa significa la belleza de una flor que dura un tiempo más bien corto.

Otra ocasión en donde aparece la palabra rosa es en el capítulo 24 del libro del Sirácide en donde la sabiduría realiza un elogio de sí misma (v. 14). La Sabiduría que se presenta como nacida del Altísimo pero que, por voluntad de éste, se esparce por la creación y también pone su demora entre los hombres. Más en concreto ha querido habitar en Judá y en Jerusalén. El autor sagrado luego trata de describir la belleza de esta sabiduría como como un cedro del Líbano, como un ciprés del monte Hermón, como una palmera en Engaddi o como una rosa en Jericó. La sabiduría es bella como estas plantas o como una rosa en la ciudad de Jericó cuyo clima favorece el crecimiento de las rosas. En el mismo libro, en el capítulo 39 (v. 13) en el que se hace una alabanza a la sabiduría, se desea a los hijos de la sabiduría que crezcan como una rosa al lado de un torrente. Aquí se ensalza también la belleza de la rosa que crece llena de color cuando tiene agua suficiente. En el capítulo 50 del mismo libro en donde se hace una alabanza del sumo sacerdote Simón se dice de él que era como “la flor de las rosas en la estación de la primavera” (50,8). Se trata como es lógica de una metáfora en donde se habla sobre todo de las cualidades morales de este sumo sacerdote.

En el Cantar de los Cantares la esposa dice que es como una rosa de Sarón, como un lirio de los valles (2,1). Algunas traducciones añaden qué tipo de rosa es, “un narciso”. No tenemos muchas más referencias de la rosa en la Biblia y no tenemos una referencia directa a la “rosa mística”. El adjetivo “mística” podría significar espiritual u oculta, no revelada. El apelativo de la rosa mística a María podría provenir de ambos significados. Ella tiene la belleza espiritual propia de una rosa y también en ella se dan bellezas espirituales ocultas todavía no reveladas y que la Iglesia va descubriendo poco a poco movida por el Espíritu Santo.

El significado de la Rosa Mística también ha sido comentado por algunos autores espirituales. Entre ellos, sobresale el de Newman, quien es su libro sobre María, habla de Ella como “la flor más bella que nunca se haya visto en el mundo espiritual. Es por el poder de la gracia de Dios que de esta tierra, árida y desolada, han despuntado las flores de santidad y de gloria. Y María es su Reina. Por esto es llamada rosa, porque justamente se considera como la flor más bella. Pero aún hay más: María es Rosa Mística o escondida porque mística quiere decir escondido.

¿En qué modo María está escondida a nosotros más que los otros santos? ¿Cuál es el valor de este singular título que nosotros le aplicamos a ella de una manera especial? La respuesta a esta pregunta nos introduce a conside-

rar un tercer motivo que justificaba la reunión del cuerpo sagrado de María a su alma y su ascensión al cielo después de su muerte, antes de la resurrección general en el último día. Y es esto: si su cuerpo no estuviese en el cielo, ¿dónde estaría ahora? ¿Cómo se explica el hecho que el lugar donde podría encontrarse permanece desconocido? ¿Por qué no sentimos hablar de su sepulcro como si fuera un lugar bien determinado? ¿Por qué no se hacen peregrinaciones? ¿Y por qué no hay reliquias de ella como se encuentran de otros santos?

Un instinto natural nos hace reverentes hacia los lugares donde nuestros muertos han sido sepultados. Nosotros sepultamos a los grandes hombres con mucho honor. San Pedro habla del sepulcro de David, bien conocido todavía en sus días aunque hubiera muerto mucho tiempo antes. Cuando nuestro Señor fue depuesto de la cruz, fue puesto en una tumba preciosa. Gran honor se tributaba a la tumba de San Juan Bautista, como resulta del testimonio de Marcos que habla de un lugar universalmente conocido. Desde los tiempos antiguos los cristianos de toda la tierra fueron a Jerusalén para venerar los lugares santos. Y cuando terminaron las persecuciones, ellos prestaron un culto especial a los cuerpos de los mártires y de los santos, como ocurrió con San Esteban, San Marcos, San Bernabé, San Pedro y San Pablo y con los otros apóstoles y mártires. Los llevaban a las más grandes ciudades, los exponían a la veneración pública y mandaban sus reliquias a las diversas comunidades cristianas. Desde el inicio una grande característica de la Iglesia fue la de ser devota y reverente hacia los cuerpos de los santos.

Ahora bien, si había uno que debía ser especialmente venerado y amado era el cuerpo de la Bienaventurada Virgen. Y entonces, ¿por qué no sabemos nada de él ni de sus reliquias? Porque verdaderamente Ella es la rosa escondida. ¿Es concebible que aquellos que fueron tan premurosos y reverentes hacia los cuerpos de los santos y de los mártires, hayan olvidado el cuerpo de aquella que es la Reina de los mártires y de los santos y la Madre del Señor? Ello es imposible. ¿Por qué entonces María es la Rosa escondida? Solo y ciertamente porque su cuerpo sagrado no está ya en la tierra, sino en el cielo.

## **2. María Madre, educa al sacerdote en sus relaciones con Dios**

Para entender la maternidad especial de María en relación al sacerdote, tenemos que recordar primero su maternidad en relación a Cristo, su Hijo. Ella no sólo ha generado su Hijo sino que lo ha preparado también para su misión. Dice san Juan Pablo II:

María ha contribuido a preparar al Hijo a su misión sacerdotal, favoreciendo el desarrollo de todas sus cualidades humanas. Cuando Jesús revela su corazón manso y humilde, abierto a todos, acogedor y benévolo, lleno de compasión hacia los infelices, a todos ofrecerá los frutos de un desarrollo, en el que María ha tenido una parte notable, aunque escondida.

María ha formado primero Cristo también como sacerdote. Ha contribuido a la acción del Espíritu Santo que lo preparaba para su misión redentora. De igual modo ella ayuda a los discípulos de su Hijo, especialmente a los sacerdotes a cumplir su vocación específica. Esto lo realiza como educadora en ellos de las principales virtudes, la fe, la esperanza y la caridad, en una palabra como hombre de Dios, lanzándolos al mundo para cumplir su misión específica que continúa la obra de Cristo.

#### *a. Educadora en la fe*

La fe es una virtud esencial en la vida cristiana y aún más en la del sacerdote que vive su consagración total a Cristo en el ministerio en la fe pura. “El sacerdote está llamado a dar testimonio de su fe con su actividad y con toda su vida. Cuando celebra la Eucaristía y administra los sacramentos, manifiesta su fe. En sus contactos pastorales debe sostener a sus hermanos en la fe, responder a sus dudas y objeciones, reforzar a los que son turbados o que dudan”. En la formación de la fe del sacerdote, en la perseverancia en sus pruebas, en las dudas, en las vacilaciones, en los momentos de confusión y turbación, María está al lado del sacerdote para reforzar su fe y formar su fe. Ella, feliz porque ha creído, los ayuda a aumentar su fe, a celebrar los sacramentos con mayor devoción, a hacer una lectura sobrenatural de todos los acontecimientos de su vida, incluso aquellos que más podrían parecer como incomprensibles.

Ahora bien, el sacerdote no sólo debe cuidar su propia fe, sino que es un animador y un promotor de la fe en su comunidad. En la sociedad en la que vivimos hoy no podemos ser solamente hombres y mujeres de una fe para nosotros, sino que hemos de tener el valor de proponerla, contagiarla. El sacerdote que está al lado de María, vive como Ella, el misterio de Dios en sí mismo y es capaz de animar la fe muchos, de iluminar la llama de la fe en muchos corazones.

#### *b. Educadora en la esperanza*

La esperanza es una virtud teologal que permite al cristiano de mirar más allá del horizonte limitado de su existencia, más allá de los obstáculos, dificultades, nubarrones, oscuridad. El hombre de esperanza da en torno

suyo entusiasmo, fuerza, vitalidad. María fue una mujer de esperanza sea en los largos años de Nazaret, que en los dolorosos momentos de la pasión, que en los años primeros de la Iglesia naciente. Ella educa el corazón del sacerdote a la esperanza de tal modo que todo espera todo de Cristo, pero se compromete como si todo dependiera de él.

El mundo está sediento de esperanza. Se siente oprimido por muchos males, afligido por numerosas pruebas. Por todas partes se constatan los dramas de la miseria y de las tragedias provocadas por las pasiones humanas... El sacerdote, hombre de esperanza, dará valor a todos los esfuerzos de buena voluntad, pero tenderá sobre todo a desarrollar en torno a sí la esperanza que no engaña (Rom 5,5) (Juan Pablo II, Ángelus 24 de diciembre de 1989).

María enseña al sacerdote a esperar contra toda esperanza, como Abrahán. A dar al mundo la esperanza de Cristo, el Hijo de María. El sacerdote que pone su sacerdocio bajo el manto de María sabrá esperar, sabrá ver la mano providente de Dios en el mundo, en los demás y en sí mismo, aún en medio del dolor, de aquellas situaciones en las que humanamente parece que no puede haber y ni es lícito poder esperar nada.

### *c. Educadora en la caridad*

El sacerdote es el hombre de la caridad, del mandamiento nuevo de Jesucristo. Aquél que vive a pecho aquel memorable: “Amaos los unos a los otros como yo os he amado”. El sacerdote sabe que tiene que amar a todos como Cristo amó, sin distinción de razas, sexo, condición; más allá de las simpatías o antipatías. El sacerdote sabe que a él Jesús le pide la caridad perfecta, aquella que describió san Pablo a los corintios: aquella que todo cree, todo espera, todo lo soporta, aquella que es benigna, que es magnánima, que es paciente, que no morirá jamás. ¿Dónde podrá aprender esa caridad sin límites el sacerdote?

La caridad hay que aprenderla. No viene de modo espontáneo. El sacerdote la aprende del Hijo de María y de María misma. María se presenta como Madre en cuanto educa al hijo sacerdote a saber amar a todos, a no tener preferencias, a ser buen samaritano con todos aquellos que han caído en poder de ladrones, a los miserables, a los pobres y oprimidos. “Como pastor del grey de Cristo, él (el sacerdote) no puede olvidar que su Maestro ha llegado a dar su propia vida por amor. A la luz de un tal ejemplo, el sacerdote sabe que no es dueño de sí mismo, sino que sabe que debe hacerse todo a todos, aceptando todo sacrificio relacionado con el amor”.

*d. María como Madre enseña al sacerdote a ser hombre de Dios*

Juan Pablo II ha dado una descripción muy bella del sacerdote cuando ha dicho que “el sacerdote es el hombre de Dios, que pertenece a Dios y que hace pensar a Dios”. El mundo de hoy y de siempre necesita a Dios. Nosotros, cada uno de nosotros, necesita a Dios. El hombre, a pesar de lo que hayan propuesto algunos filósofos contemporáneos y algunos modelos de cultura, no puede vivir sin Dios. Mejor dicho, puede vivir una vida sin Dios, pero es una vida no humana.

En el apogeo del marxismo se llegó a pensar que el hombre podía construir una sociedad sin Dios, que Dios era el opio del hombre. Habiendo derribado el gran ídolo del teísmo, el hombre quedaría definitivamente libre para ser él mismo. Sin embargo, ya sabemos que históricamente no fue así. El hombre sin Dios llegó a ser inhumano, a matar a tantos otros semejantes en el hombre de un humanismo de rostro inhumano. El hombre de hoy y de siempre busca a Dios. Y lo puede encontrar en la creación, en la historia, en la Sagrada Escritura. Pero por voluntad divina, siguiendo el dinamismo de la encarnación, el hombre encuentra a Dios a través del otro hombre, a través de quien ha sido constituido para las cosas que tienen que ver con Dios, el sacerdote.

Hombre de Dios significa que pertenece a Dios. Él es propiedad de Dios. Ya en el Antiguo Testamento la tribu de Leví, dedicada al culto de Dios, no recibió ninguna tierra en la repartición de la Palestina porque su heredad era Dios mismo. El sacerdote pertenece a Dios y Dios es la herencia del sacerdote. El sacerdote no pertenece a una mujer, ni a un grupo, ni a un partido. El sacerdote es de todos y para todos. Esto quiere decir que ya no se pertenece, porque pertenece a Dios.

Por ello el sacerdote hace pensar en Dios. Su sola presencia es un reclamo de lo trascendente. Se podrá admirar o reprobar, rechazar o acoger. La gente podrá acercarse a él para una bendición o para un insulto. Pero nadie se queda indiferente ante un hombre que ha optado en su vida por Dios.

El sacerdote es el encargado de las relaciones de la humanidad con Dios. Por ello él está continuamente dirigido hacia Dios para hacer llegar a Dios los ofrecimientos humanos y para conducir a todo el pueblo de los creyentes a rendir homenaje a Dios (Juan Pablo II, Ángelus 4 de marzo de 1990).

¿Y de quién podrá aprender este estar continuamente relacionado con Dios y los hombres, este ser “pontífice”, en el sentido literal de la expresión latina, sino María que vivió en su propia carne el misterio de Dios? ¿Quién sino de Ella se puede decir lo que Juan decía en su primera carta: “lo que

nosotros hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que nuestras manos han tocado, es decir, el Verbo de la vida” (1 Jn 1,1)?

Ella, que vivió en su carne el misterio de Dios encarnado, es la que mejor que nadie puede hacer penetrar al hombre en el misterio de Dios. Y esto es especialmente válido para el sacerdote que sacramentalmente vive como nadie ese misterio también como María en su propia carne, en su propio ser, en su cuerpo y su alma de sacerdote.

“El mundo corre el riesgo de cerrarse en sí mismo, de buscar sólo las propias satisfacciones. Es necesario que hayan personas capaces de hacerlo salir de su horizonte limitado y de elevar la mirada hacia Dios”.

Nadie como Ella es capaz de mostrar al hombre el rostro de Cristo. Para comunicar a Dios, al Dios Padre que nos revela su Hijo, el sacerdote debe él mismo asemejarse a Cristo. Deberá ser el “alter Christus” que el mundo espera con ansia. Si da a Cristo, el sacerdote cumplirá su misión. Si se da sólo a sí mismo, quedará vacío. María de nuevo está ahí al lado del sacerdote para ayudarlo a descubrir el rostro de su Hijo, para hacer del sacerdote otro hijo suyo en el Espíritu. En cierto sentido María ayuda a modelar en el alma del sacerdote la imagen de Cristo para hacerse más semejante a Él. En la medida en que esto sea así, el sacerdote será más amado por María porque Ella verá en él la fisionomía espiritual de su Hijo.

### **3. María como Madre del sacerdote, lo impulsa a la misión**

El sacerdote es un cooperador de Dios. Así se define a sí mismo San Pablo: “nosotros somos los cooperadores de Dios” (1 Cor 3,9). El sacerdote coopera a la obra de la salvación de los hombres a través de su ministerio y la entrega de toda su vida al Reino de Dios. Él es un administrador de las cosas de Dios. Como cooperador y administrador es pastor de las ovejas que Cristo le confía. No se puede concebir un sacerdote que no tenga clara su misión de ser pastor del rebaño de Cristo. La cooperación significa que el sacerdote, en esta misión, no es un simple instrumento pasivo, sino que colabora con sus dotes naturales de inteligencia y voluntad y con los dones sobrenaturales que Dios le da, con los carismas del Espíritu Santo, en esta gran obra.

El sacerdocio es, en este sentido, esencialmente misionero en cuanto que el sacerdote es predicador de la palabra de Cristo, el embajador de su evangelio en el mundo. A él principalmente, aunque no exclusivamente se le confía, junto con los Obispos, el gran mandato misionero: “Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda creatura” (Mc 16,15). Él debe sentir en su corazón el mismo celo de San Pablo: “¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!”

(1 Cor 9,16). Ha habido sacerdotes ejemplares que han dedicado toda su vida a la difusión del Evangelio sea en la misión “ad gentes”, sea también como misioneros en las zonas donde el Evangelio ya había sido predicado pero donde necesita una nueva evangelización.

María también fue Ella cooperadora con su “sí” generoso al plan de Dios. Ella aceptó libremente los sacrificios y las renunciaciones que ello comportaba, asumió en su vida una actitud de colaboración generosa y consciente en la obra de la redención. “El futuro de la Iglesia —decía el Papa Juan Pablo II— depende en gran medida de la generosidad y de la cooperación de los sacerdotes”. Ella viene considerada como “Reina de los apóstoles” porque perseveraba con ellos en oración esperando la venida del Espíritu Santo (Hch 1,14).

María abre el corazón del sacerdote ante la gran misión que Cristo le presenta que no es sólo el estrecho ámbito de una parroquia o de una misión eclesial específica; es el mundo entero, el vasto horizonte de la Iglesia universal, aun si deberá ejercer su ministerio dentro del círculo concreto de sus deberes primordiales pastorales. El Papa Francisco nos ha recordado que el pastor tiene que tener “olor de oveja”. María enseña al sacerdote a saber entregarse por el rebaño, a saber dar, día a día, su vida por las ovejas a él encomendadas.

#### **4. María, Madre de la Iglesia invita a amar a la Iglesia**

El Concilio Vaticano II en un acto solemne proclamó a María, Madre de la Iglesia. El número 63 de la *Lumen Gentium* presenta a María como íntimamente unida a la Iglesia precisamente por ser Madre del Hijo de Dios, su Fundador. Ella es el tipo de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la unión perfecta con Cristo. La Iglesia que es también madre y virgen tiene en Ella un perfecto modelo.

La Iglesia dirige su mirada hacia Aquella que engendró a Cristo para que Él también nazca y crezca por medio de la Iglesia en las almas de los fieles. Y ve en María el “ejemplo de aquel amor maternal con que es necesario que estén animados todos aquellos que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres”.

Una de las funciones maternas de María para con el fiel en general y el sacerdote en especial es que sabe forjar en ellos un amor hacia la Iglesia Madre, formando en ellos un “alma eclesial”. Pablo VI decía que María nos enseña a nosotros este amor a la Iglesia porque María obtiene el amor, amor a Cristo, su Hijo, ante todo, pero también, amor a la Iglesia. Este amor



a la Iglesia María lo enseña ayudando a sus hijos a ser hombres fuertes y fieles.

La Iglesia tiene necesidad de hombres fuertes que sean capaces de llevar a cabo el gran combate de la fe y que puedan decir al final de sus vidas, lo que dijo San Pablo de la vida: “He peleado el buen combate, he acabado la carrera, he guardado la fe” ( 2 Tim 4,7). María es la mujer fuerte que sabe estar firme al pie de la cruz y que acepta con fuerza el sacrificio. Ella enseña a sus hijos a resistir las tentaciones y a combatir con entereza por el bien de las almas.

La Iglesia también tiene necesidad de hijos fieles. Santa Teresa de Ávila decía que ella quería ser una fiel hija de la Iglesia. Ser fiel hijo de la Iglesia significa acogerla, amarla, defenderla, protegerla, expandirla. El sacerdote está llamado a una fidelidad especial en cuanto que él tiene también especiales privilegios. Uno de ellos es “tomar consigo a María”, llevarla a su casa, como hizo Juan después de que Jesús le dijera: “He ahí a tu Madre”. En este sentido el sacerdote está llamado a ser “hijo predilecto de María”:

habiendo sido proclamada por Jesús madre de un sacerdote, María se ha convertido de modo muy especial en la madre de los sacerdotes. Ella es la encargada de vigilar sobre el desarrollo de la vida sacerdotal en la Iglesia, desarrollo íntimamente ligado a la vida cristiana (Juan Pablo II, *Ángelus*, 11 de febrero de 1990).

Lo que aquí afirma Juan Pablo II es muy importante en cuanto que da a María un especial encargo en el cuidado de los sacerdotes. Ella es la Madre de los sacerdotes, como Madre de la Iglesia y además vigila por el desarrollo de la vida sacerdotal en la Iglesia. Esta verdad teológica ha sido vivida de modo espontáneo por tantos y tantos sacerdotes que, a lo largo de la historia, se han distinguido por su piedad mariana y por los testimonios de tantas vocaciones sacerdotales que han comprendido que María jugaba un papel de privilegio en el origen y desarrollo de su vocación.

Uno de los grandes eventos eclesiales de los últimos tiempos, el Concilio Vaticano II, ha sido puesto bajo la especial protección de María. El Papa Benedicto XVI decía en la homilía del 8 de diciembre del 2005 a cuarenta años de la clausura de este gran evento eclesial:

Un marco mariano rodea al Concilio. En realidad, es mucho más que un marco: es una orientación de todo su camino. Nos remite, como remitía entonces a los padres del Concilio, a la imagen de la Virgen que escucha, que vive de la palabra de Dios, que guarda en su corazón las palabras que le vienen de Dios y, uniéndolas como en un mosaico, aprende a comprenderlas (cf. Lc 2,19,51); nos remite a la gran creyente que, llena de confianza,

se pone en las manos de Dios, abandonándose a su voluntad; nos remite a la humilde Madre que, cuando la misión del Hijo lo exige, se aparta; y, al mismo tiempo, a la mujer valiente que, mientras los discípulos huyen, está al pie de la cruz.

El concilio da inicio el 11 de octubre de 1962, que entonces era la fiesta de María como Madre de la Iglesia, y termina un 8 de diciembre, el día de la Inmaculada. Dos marcos de referencia marianos envuelven este evento eclesial que tantas gracias ha traído a la Iglesia, allí donde, como recordaba el mismo Papa Benedicto, ha sido correctamente interpretado.

Cuando Pablo VI, al terminar la tercera sesión del Concilio, el 21 de noviembre de 1964 afirma: “Por lo tanto, para gloria de la Beata Virgen María y para nuestra alegría, declaramos a María Santísima Madre de la Iglesia (*Mariam Sanctissimam declaramus Matrem Ecclesiae*) es decir, de todo el pueblo cristiano, tanto de los fieles como de los Pastores, que la invocan como Madre amantísima y declaramos que con este suavísimo nombre, que todo el pueblo cristiano le atribuya para mayor honor de la Madre Dios y lo use en las súplicas”, está recogiendo un uso y una tradición que no es sólo fruto de una especulación teológica sino de la fe vivida del pueblo de Dios por siglos.

## **5. Rosa Mística, Virgen Inmaculada, Madre de la sonrisa**

Concluimos nuestra conferencia sobre la Rosa Mística, título atribuido desde antiguo a María y de modo especial en el santuario de las Fontanelle en Montichiari, poniendo en relación este título mariano con el hecho de que María es Inmaculada desde su concepción.

María es Rosa Mística por su singular relación con Cristo, el más bello de los hijos de los hombres. Cristo, en cuanto hombre, quiso convertirse en Hijo suyo. Así, “al estar totalmente unida a Cristo, nos pertenece también totalmente a nosotros. Sí, podemos decir que María está cerca de nosotros como ningún otro ser humano, porque Cristo es hombre para los hombres y todo su ser es un ser para nosotros”. Como Rosa Mística, María es capaz también de unir en Ella, precisamente por su estrecha relación con Cristo el aspecto jerárquico y el aspecto carismático de la Iglesia. El Papa Benedicto afirma que el “aspecto petrino de la Iglesia está incluido en el mariano. En María, la Inmaculada, encontramos la esencia de la Iglesia de un modo no deformado. De ella debemos aprender a convertirnos nosotros mismos en “almas eclesiales” —así se expresaban los Padres—, para poder presentarnos también nosotros, según la palabra de san Pablo, ‘inmaculados’ delante del Señor, tal como él nos quiso desde el principio (cf. Col 1,21; Ef 1,4)”.

Sabemos bien que la Rosa es símbolo tanto de pureza como de pasión. Quien no tiene pecado es capaz de amar con pureza y con pasión. El pecado deforma el amor. María Inmaculada nos ayuda, como Rosa Mística, a establecer en la Iglesia y en el alma el equilibrio propio del amor. Nos ayuda a amar como vírgenes y como esposos, a amar con total pureza y total pasión. La Iglesia necesita de estas almas que amen con pureza del corazón de niño y con pasión de corazón de enamorado. María, como Virgen, Madre y Esposa, nos enseña la belleza de este amor.

Toda rosa tiene espinas. La Rosa Mística que es María sufrió las espinas de la Pasión de su Hijo. Pero esas “lágrimas que derramó al pie de la Cruz se han transformado en una sonrisa que ya nada podrá extinguir, permaneciendo intacta, sin embargo, su compasión maternal por nosotros”. María, Rosa Mística, “ama a cada uno de sus hijos, prestando una atención particular a quienes, como su Hijo en la hora de su Pasión, están sumidos en el dolor; los ama simplemente porque son sus hijos, según la voluntad de Cristo en la Cruz”.

Recibir en regalo una rosa es causa de alegría para quien la recibe y si quien da la flor lo hace con una sonrisa el regalo es doblemente apreciado. María nos regala, como Rosa Mística, su sonrisa. Esa sonrisa que los místicos han tratado de penetrar, que los artistas han tratado de immortalizar, que el pueblo de Dios ha visto en el rostro amable y dulce de María.

Este sonreír de María es para todos; pero se dirige muy especialmente a quienes sufren, para que encuentren en Ella consuelo y sosiego. Buscar la sonrisa de María no es sentimentalismo devoto o desfasado, sino más bien la expresión justa de la relación viva y profundamente humana que nos une con la que Cristo nos ha dado como Madre (Benedicto XVI, Homilía en Lourdes, 15 de septiembre de 2008).

“Desear contemplar la sonrisa de la Virgen no es dejarse llevar por una imaginación descontrolada”, comenta el Papa Benedicto. A través de su sonrisa ella comparte con nosotros la alegría de su corazón que es la alegría de Dios. Los santos como Bernardette o como Santa Teresa del Niño de Jesús quedaron transformados por la sonrisa de María. A través de su sonrisa, María dio a conocer a Bernardette el misterio de ser Inmaculada. Quien no conoce el pecado, vive en la alegría de Dios. Esa sonrisa suya refleja toda la ternura de Dios hacia nosotros, sobre todo hacia quien sufre en el cuerpo o en el alma. Por eso mirar a María es llenarse de la paz que viene de la ausencia de pecado, llenarse del gozo de la plenitud de quien es infinitamente inocente, sabio, todopoderoso y amable. Esa sonrisa nos ayuda a soportar con paciencia nuestra propia cruz y las debilidades de los demás.

En una manifestación tan simple de ternura como la sonrisa, nos damos cuenta de que nuestra única riqueza es el amor que Dios nos regala y que pasa por el corazón de la que ha llegado a ser nuestra Madre. Buscar esa sonrisa es ante todo acoger la gratuidad del amor; es también saber provocar esa sonrisa con nuestros esfuerzos por vivir según la Palabra de su Hijo amado, del mismo modo que un niño trata de hacer brotar la sonrisa de su madre haciendo lo que le gusta. Y sabemos lo que agrada a María por las palabras que dirigió a los sirvientes de Caná: 'Haced lo que Él os diga' (Jn 2,5) (Benedicto XVI, Homilía en Lourdes, 15 de septiembre de 2008).

¡Qué bella reflexión del Papa Benedicto que nos sitúa en esa gratuidad propia de quien da una flor y de quien la recibe con gratitud!

Dios ha querido regalar a la humanidad la flor de María, esa rosa encendida del amor que nos invita a elevar nuestros corazones a Dios, que nos revela la belleza divina y el perfume del amor y que, como Madre de la Iglesia y madre de los sacerdotes, derrama su perfume de amor, de humilde, de dulzura y de sencillez a un mundo donde reina el odio, la soberbia, la dureza y la complicación excesivamente racional.

Por eso quisiera terminar mi intervención con una oración a María que como Rosa Mística inunda nuestros corazones del perfume de Dios, del "bonus odor Christi", una oración tomada del Papa Paolo VI:

María, te pedimos el amor, el amor único, el amor sumo, el amor total, el amor don, el amor sacrificio. Enséñanos lo que ya conocemos y lo que ya humildemente profesamos: a ser inmaculados como tú lo eres... María, pediremos a tu ejemplo e intercesión, la esperanza. *Spes nostra, salve!* ¡También de esperanza tenemos necesidad y cuánta! Tú eres, María, la gran lección sobre la Iglesia de Dios, imagen e inicio de la Iglesia, la cual deberá tener su cumplimiento en la edad futura. Así sobre la tierra resplandeces ahora ante el Pueblo de Dios como signo de cierta esperanza y de consola-  
ción, o *Mater Ecclesiae!*